

VUELO RASANTE POR NUESTRO SIGLO XX

Miliani, Domingo

“Como pueblo y como intelectuales, carecemos de primer piso. Hemos sido alegremente montados al aire”.

Mario Briceño-Iragorry

Resumen

Este trabajo propone una revisión crítica de los hechos de modernización política durante el siglo XX en Venezuela. Comienza interrogando el problema de las periodizaciones históricas, en relación particularmente al inicio del siglo XX en nuestro país. Pasa revista al surgimiento de los partidos políticos a partir de la conformación de la Asociación General de Estudiantes e indica el rol que los partidos han jugado en la modernización democrática del país. Evalúa los inicios del gobierno de Hugo Chávez Frías y las nuevas opciones políticas que inaugura.

Abstracts

This paper proposes a critical review of the modern political facts during XX century in Venezuela. It starts wondering about the historical periodizations particularly at the beginning of XX century in our country. It deals with the emergence of political parties from the establishment of the Students' General Association and indicates the rol political parties have played on the democratic modernization of the country. It also assesses the beginning of Hugo Chavez Frias' government and the new political options he offers.

*Escritor, académico e investigador Boconés, fallecido en octubre de 2002.
Finalizado: Boconó, Enero-2000 / Revisado: Febrero-2009 / Aceptado: Mayo-2009.

En octubre de 1995, la Fundación Francisco Herrera Luque organizó unas jornadas para el Balance del siglo XX Venezolano. Sus ponencias fueron recogidas en un volumen que circuló en 1996. En la Introducción de las Jornadas, el Doctor Ramón J. Velásquez, escribía lo siguiente:

De no ocurrir ninguna alteración constitucional, o de otra índole, el próximo Jefe del Estado elegido en los comicios de 1998 presidirá el acto solemne de la media noche del 31 de diciembre de 1999, transmitido por todas las televisoras en cadena, cuando su voz anuncie a millones de venezolanos que somos gente de un nuevo milenio y que todas las amarguras, pecados y fracasos del convulsionado siglo XX quedaron atrás, devorados por el tiempo que nunca regresa. (Cf. *Balance del siglo XX venezolano*)

Seguidamente el historiador aludía al mensaje de toma de posesión del 2 de febrero de 1994, cuando el Dr. Caldera, afirmó que el siglo XXI empezaba con su juramentación como Jefe de Estado. El equívoco nace de una polémica afirmación de Picón Salas, según la cual nuestro siglo XX arrancaríamos de 1935, a partir de la muerte de Gómez. Esto nos indica que las periodizaciones y las cronologías políticas pertenecen al reino de las ciencias inexactas, por lo menos en este pintoresco incidente.

En las Jornadas de 1995, tuve oportunidad de intervenir y traté de replicar la frase del ensayista merideño. Anteponía, más bien, culturalmente el advenimiento de la contemporaneidad al momento en que Cipriano Castro, hace un siglo, con su invasión de los sesenta montoneros andinos, ocurrido el 22 de octubre, rompía el viejo bipartidismo de las oligarquías liberal o conservadora y empuñaba un nacionalismo antimperialista que venía enunciado desde «El Continente enfermo de César Zumeta» (1899) y el Ariel de José Enrique Rodó, (1900). Castro se atreve a expropiar los intereses imperialistas de dos empresas pioneras en el negocio del petróleo: la New York & Bermúdez C^o y la Guanoco Mining

C^o. Además se negó a pagar un empréstito acumulado por la corrupción de gobiernos anteriores. Movilizó al pueblo en defensa del país contra “ la planta insolente del extranjero” y padeció un bloqueo naval premonitorio de su derrocamiento. Un siglo más tarde nuevas inhumaciones políticas de partidos estaban ocurriendo en las tierras venezolanas, aunque las condiciones fuesen muy distintas. La sorpresiva victoria de un joven militar revolucionario: Hugo Chávez Frías y el comienzo de una transformación social incruenta hasta ahora...

El pronóstico del Dr. Velásquez reabre la reflexión. Desde diciembre de 1998 ingresamos a una nueva etapa de cambios impostergables. El resultado debería ser el auténtico acceso, no sólo a un nuevo milenio, sino a una modernización efectiva que vaya en armonía con la modernidad intelectual resumida por Rafael Seijas en el Prólogo al Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes. Observaba Seijas la inminente aproximación geopolítica de los pueblos, dentro de una globalidad larval. Pero sus acotaciones, certeras en lo cultural no eran transferibles a los cambios económicos y sociales que se estaban dando ya en otros ámbitos de Latinoamérica. Las frases de Seijas merecen transcribirse, por todo lo que implican de analogía o semejanza con afirmaciones de Picón Salas en 1939. Entre ambas no creemos que se haya producido una simple «coincidencia». Escribe Seijas:

(...) esta civilización que tenemos, la recibimos naturalmente, sin ningún esfuerzo, ni aún siquiera con la manifestación del deseo; que el cable y el vapor han acercado tanto a los pueblos, que ya no hay distancias; que el europeo se confunde en todas partes con el americano y el americano en todas partes con el europeo; que un progreso adquirido en cualquier ramo de las letras, de las ciencias o de las artes, se hace al punto universal, por la rapidez con que el cable, el vapor y el periódico lo transmiten, lo llevan y lo publican en todo el orbe, con la velocidad del rayo y del pensamiento; que el mundo tiende

a confundirse con el cosmopolitismo práctico y experimental, porque el ansia industrial, la avidez comercial y el gusto del lujo, no tienen barreras ni se detienen ante ningún obstáculo. (1895/1975)

Seijas publicaba su exaltación del progreso cuando Venezuela entraba en la primera orgía de los endeudamientos, bajo la segunda Presidencia Constitucional de Joaquín Crespo (suerte de clon político de Antonio Guzmán Blanco) y la corrupción galopante de su esposa Misia Jacinta. La Cámara de Comercio y los grandes negocios de la Banca vienen de entonces, con un empresario protagonista muy curioso: Manuel Antonio Matos, concuñado de Antonio Guzmán Blanco, el opulento desterrado de París. Don Mariano reflexionaba en términos de impresionante coincidencia con los pronósticos de Seijas. Insistía en la necesidad de superar el atraso. Una vez más se hablaba de rectificar el pasado inmediato; en este caso, el pasado era el gomecismo que, según él, había mantenido a Venezuela en el siglo XIX. Si los síntomas del progreso para Seijas estaban en el periódico, el cable y el vapor, Picón Salas alude a otros medios de transporte, pero el pronóstico guarda extremadas analogías. Dice don Mariano:

(...) en un momento como el actual en que los venezolanos parecen estar dispuestos a rectificar su inmediato pasado, en que nuevas necesidades y progresos técnicos cambian forzosamente aquel primitivo medio social; en que nos modernizamos y civilizamos a pesar de nosotros, porque la vida moderna nos llega en el avión, el trasatlántico, la creciente influencia de Europa y Estados Unidos, cabe pensar si no hay algún saldo positivo en nuestra Historia, algún valor o fuerza que nos sirva en el nuevo combate por nuestra nacionalidad. (1962)

Si un comentarista de hoy quisiera glosar el planteamiento, aludiría seguramente a la era tecnolátrica para utilizar un término de Ernesto Sábato, o sencillamente hablaría del nuevo milenio cibernético dominado y manipulado en sus globalizaciones engullentes por la famosa red Internet, cuya

mención es el peor lugar común. La búsqueda de un asidero consolador en la historia registra la nostalgia de un pasado heroico y hasta opulento. Para muchos es una puerta de emergencia que exime de mirar el futuro tenebroso de los despeñaderos a los que nos condujo el facilismo y el desastre natural con que se entorna nuestro siglo XX. Para otros, como Picón Salas, Augusto Mijares, Mario Briceño Iragorry, Enrique Bernardo Núñez, es una voz de alarma que llama a la reflexión rectificadora de rumbos.

Después de estos «guardagujas de la historia», como los llamó don Mariano, la reflexión intelectual ha sido en los últimos años muy precaria. Se ha banalizado la interpretación cultural y política o se ha guardado cómodo silencio frente a las grandes convulsiones sociohistóricas. En otros casos el análisis ha derivado en prejuicio. Las columnas de opinión periodística y los programas televisados han terminado convertidos en espacios o escenarios de controversias entre políticos ocasionales, que hablan en coro sin oírse o se enredan en un contrapunteo de calumnias y manipulaciones de la información.

Era 1939, cuando Picón Salas meditaba sobre la tesis y antítesis de nuestra historia. La Segunda Guerra Mundial sacudía las conciencias y propagaba los miedos a la destrucción total. En Venezuela, nuevos partidos políticos emergían. Algunos brotaban dentro de una ilegalidad establecida contra las izquierdas por el General Eleazar López Contreras. Dentro del atraso gomecista hubo el inicio de una modernización económica con el estallido petrolero. Los historiadores han demostrado hasta el cansancio el asunto. Sólo que la desastrosa administración de recursos petroleros, legendarios por su monto, deformaron al país con el mito de una postiza riqueza del dispendio, el despilfarro y el saqueo, hasta reducirlo a la condición actual de una nación dotada con “suelo rico y gente pobre” de que habló temprano Uslar Pietri, hasta encallar en la condición de “pobre país pobre” de esta hora, agravada con una reciente catástrofe natural que nos

obliga a replantearnos nuestros modos de vivir o de sobrevivir.

En lo político, el génesis de los partidos contemporáneos podría rastrearse dentro de las organizaciones estudiantiles y las corrientes ideológicas agrupadas en torno a las figuras de dos dictadores, como huestes de apoyo o como resistencia intelectual. Como apoyo doctrinario el Positivismo se elevó a Filosofía del poder y justificativo del gendarme necesario. En la resistencia, el marxismo larval, el socialismo de estirpe francesa y los esbozos de la socialdemocracia aprista buscaban las líneas definidoras de un programa revolucionario que no cristalizó nunca. Castro y Gómez se rodearon de un entorno civil de escritores y doctores universitarios. En las cárceles hubo civiles intelectuales y militares rebeldes que compartieron las mazmorras. Entre los primeros bastaría recordar que en el Gabinete ministerial y en el servicio exterior figuraron hombres de la talla de Pedro Emilio Coll, Manuel Díaz Rodríguez, Pedro Manuel Arcaya, José Gil Fortoul, Victorino Márquez Bustillos, César Zumeta, Laureano Vallenilla Lanz. Y en las mazmorras, junto a Rafael Arévalo González, José Rafael Pocaterra, Antonio Arráiz, Andrés Eloy Blanco, Pío Tamayo, Joaquín Gabaldón Márquez, padecieron reclusión y torturas algunos militares revolucionarios como el General José Rafael Gabaldón, el Capitán Luis Rafael Pimentel, o el General Emilio Arévalo Cedeño.

Si los fundadores de la Asociación General de Estudiantes habían actuado en la política desde 1906 fue sólo a partir de los acontecimientos de 1912 cuando alcanzaron resonancia. Su liderazgo se afirma desde 1926. Los bachilleres Rómulo Betancourt, Jóvito Villalba, Joaquín Gabaldón Márquez y otros crean la revista *El estudiante*. En 1928 puede observarse cómo los futuros dirigentes de los partidos políticos de la contemporaneidad se unen y se dividen en grupos desde los años universitarios. Recuérdese por caso que los directivos de la Federación de Estudiantes de Venezuela en

1928 se llamaron Raúl Leoni, Jóvito Villalba, Germán Suárez Flamerich, entre otros. En 1936, mientras Villalba quería convertir la FEV en Partido Político, Caldera la dividía para fundar la UNE, germen de la democracia cristiana, donde lo acompañaron Pedro José Lara Peña y otros dirigentes del posterior partido COPEI, pero antes pasaron por fases larvales llamadas «Acción Electoral» y «Acción Nacionalista», fundadas en 1938. Por tales liderazgos y organizaciones en alvéolo pasan las frustraciones de un proyecto transformador del país que no llegó a concretarse en cambio profundo sino en democracia formal, propicia a las rebatiñas de un poder seccionado en cómodas o incómodas cuotas, según las correlaciones de fuerzas que decidían a la hora de las negociaciones. Era el comienzo de su apocalipsis.

Las aparentes o reales diferencias ideológicas atomizaron la izquierda venezolana desde su mismo nacimiento. Hubo, sin duda, incidencias internacionales como la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial con su alianza entre Estados Unidos y la Unión Soviética contra el nazismo, o la Revolución Cubana. Pero más que ideológicas, esas diferencias terminaron muchas veces convertidas en pugilatos de caudillos intelectuales: El Partido Revolucionario Venezolano, fundado en México por Carlos León, Ricardo Martínez, Emilio Arévalo Cedeño, Salvador de la Plaza, Gustavo y Eduardo Machado, tiene una primera división cuando algunos estudiantes vinculados al grupo, Jóvito Villalba, Raúl Leoni y en especial Rómulo Betancourt azuzan la disidencia que lleva al último a ser la cabeza directora de ARDI, hija siamesa del APRA peruano.

Del PRV surgirá en 1931 el Partido Comunista de Venezuela. Sus ideólogos formados en Europa, Aurelio y Mariano Fortoul, hallarán apoyo en otros dirigentes internacionalistas como el norteamericano Joseph Kornfeder, miembro de la Internacional Comunista radicado poco tiempo en Caracas, además otros jóvenes dirigentes como Juan

Bautista Fuenmayor, Francisco José Delgado, los estudiantes Ángel Márquez y José Antonio Mayobre, entre otros. De su cerebro emergerán después el PRV de Salvador de la Plaza, Juan Bautista Fuenmayor, Rodolfo Quintero, Ricardo Martínez, Luis Miquilena, frente a la Unión Popular Venezolana, careta legitimadora del Partido Comunista de Eduardo y Gustavo Machado. De éste se desprenderá después la Liga Socialista, otro PRV, el MAS. De ARDI nacerá después ORVE y de ésta el PDN, abuelos de Acción Democrática. Por un extraño sino de rey que divide o de mago disociador, tras cada escisión de la socialdemocracia está la mano de Rómulo Betancourt.

Ya en 1932, desde San José de Costa Rica, enfrentaba las concepciones nacionalistas del grupo «Venezuela Futura», fundado en Nueva York por Jacinto López, Carlos López Bustamante y Rafael Bruzual López, pero también atacaba las tesis revolucionarias del Partido Comunista y empezaba a mostrar sus inclinaciones hacia el APRA peruano. Incluso en las divisiones posteriores de AD, a partir de las cuales irán desmembrándose retoños llamados MEP, ARS, MIR para no mencionar los últimos retazos del lienzo, está la habilidosa capacidad disociadora de Betancourt.

Igual ocurrirá con el socialcristianismo o democracia cristiana, con la mano cercenadora de Rafael Caldera. Sus imposiciones y soberbias dieron origen desde COPEI a la organización de los astronautas, la Izquierda Cristiana y después a Convergencia. Nada diferente ocurrió con la mano de Jóvito Villalba y su agrupación URD, matriz de la Vanguardia Popular Nacionalista articulada por José Herrera Oropeza, Luis Miquilena y José Vicente Rangel. Esta genealogía de las atomizaciones ha llevado al reparto de una enorme riqueza dilapidada y a la metamorfosis trágica de un país opulento transformado en sombra ruinosa frente a un abismo de incertidumbres que sacudieron las bases de la democracia formal hasta su desplome definitivo en estos días.

En esas circunstancias adviene el umbral de un nuevo milenio donde la profecía de Ramón J. Velásquez se ha cumplido. No se ha roto la continuidad constitucional. Dentro de ella avanza, entre contradicciones y nuevas pugnacidades, una inaplazable transformación profunda del país. Los viejos prejuicios de antimilitarismo entre civiles y de anticivilismo entre militares tendrá que borrarse para evitar el riesgo de un nuevo fracaso provocado por nuevas divisiones de donde la salida sería una nueva dictadura de ultraderecha o una guerra civil semejante a la colombiana de estos días. No puede olvidarse que en la historia de nuestras luchas políticas contemporáneas, las pequeñas y escasas victorias han sido alcanzadas dentro de la unidad de los liderazgos y sus grupos. Recordemos la unificación de todas las fuerzas políticas, económicas, estudiantiles, religiosas, alrededor de la Junta Patriótica entre 1956 y 1958. Esa unidad hizo posible el derrocamiento de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Las divisiones sobrevinieron de inmediato en las pugnas por el asalto electoral al poder entre partidos lanzados al debate unilateralmente. Aquella experiencia permitió por primera vez un efectivo frente cívico militar hasta la Junta de Gobierno que asumió el mando provisional para llamar a elecciones.

Hoy la Presidencia de Hugo Chávez, además de fenómeno carismático impredecible en su capacidad de arrastre, es el reto histórico en que todos los ojos del país y de América están puestos. Su liderazgo aplastante se impuso por encima de los viejos partidos. La mayoría social lo siguió en forma unida. Si logra madurar hacia una revolución pacífica, será un nuevo rumbo a seguir en los pueblos latinoamericanos y caribeños. Si fracasa, la derrota conducirá inevitablemente al nihilismo político. Y la vuelta de espaldas del pueblo, a un vacío de poder que deberá ser llenado por un autoritarismo de corte neofacista real, o de anarquismo armado de signos múltiples, cuyos síntomas afloran de modo recurrente.

Para que la intención transformadora pueda alcanzar éxito es inevitable la definición de un proyecto. Éste habrá de conducir a una coherencia de ejecución que hasta ahora es el aspecto no alcanzado, el flanco más vulnerable, de la experiencia social que estamos presenciando. La reciente avalancha de lodo que sepultó a más de ochenta mil compatriotas, no sólo reunificó premiosamente las fuerzas de impulso a la transformación, sino que está forzando de manera inexorable la reordenación total de la república, desde su desplazamiento demográfico a nuevos polos de desarrollo geopolítico, hasta los diseños de una nueva economía. En medio del desastre mismo fue aprobada la nueva Constitución. Es la base que enmarca jurídicamente el gran cambio y en lo político representa el reto más alto. Por primera vez todo un país debatió su carta fundamental para aprobarla. Antes era leída sólo escolarmente para efectos evaluativos de una asignatura de la enseñanza media, llamada presuntuosamente “Formación Social, Moral y Cívica”.

Dentro de un complejo escenario, inédito en lo histórico y político, se enmarca este debate convulso, donde las visiones de un final de milenio deberán aguzar bien las pupilas para alcanzar pronósticos certeros. Hoy más que nunca la visión crítica expuesta con valentía, el aporte de soluciones y la participación intelectual son ineludibles. El destino colectivo no puede quedar a la deriva de las improvisaciones. El silencio y la indiferencia son neutros porque no comprometen, pero también son cómplices por omisión. Y el delito de callar es imperdonable.

Referencias Bibliograficas:

Picón, Salas. (1962). “Antítesis y tesis de nuestra historia”. *Comprensión de Venezuela. Obras Selectas*. Caracas-Madrid: EDIME.

Seijas, Rafael. (1895/1975) *Primer Libro Venezolano de Literatura, Ciencias y Bellas Artes*. (Prólogo) Caracas: Concejo Municipal, (edic. facsimilar).

Velásquez, Ramón J. (1996). *Balance del siglo XX venezolano*. (Introducción) Caracas: Grijalbo/Fundación Herrera Luque.